varia en su uniformidad aparente, y más de una vez, por lo mismo, podremos deprimir á quien, delincuente como político, digno sea del mayor respeto en un desarrollo diverso de sus facultades morales.

Y si nuevamente fracasamos, pueda nuestro amor á la Patria prestarnos todavía alientos para permanecer firmes en la brecha, lidiando por la causa santa de nuestra redención política.

CAPITULO I.

Plan de la Obra.—El Clero de Nueva Espana.—Reaccion Politica y Filosofica.—Proyectos de Traicion a Espana.—El Legado de la Independencia.—La Gran Lucha.—Elementos Antagonistas.—Superioridad de los Recursos Clericales.—Liberales Catolicos.—Trajica Perspectiva.

No vamos á estudiar los hechos en sí mismos, sino la filosofía de los hechos; por lo mismo no será de nuestro resorte profundizar sus detalles, desmenuzarlos, sino desprender de aquellos tales enseñanzas, que puedan ayudarnos al estudio de un carácter. Colorido, y no fastos ni gestas pediremos á la historia; y los móviles, más que las acciones en sí mismas, ó sus resultados inmediatos ó lejanos, serán asunto de nuestras inquisiciones.

La parte que el clero tomó en nuestra guerra de independencia, constituyó una deuda de gratitud que la República debería pagar bien caro.

Cortés, con singular previsión, vió en lo por venir lo que llegaría á ser, andando el tiempo, ambición casi exclusiva del clero de la Nueva España, es á saber, presintió su inmoderado anhelo de enriquecerse, para hacer luego de su riqueza un instrumento poderoso de dominio. Por eso propuso á Fernando el Católico el patronato, que colocaba al Rey entre la cleresía y el Papa. La lealtad del cle-

ro á la corona, se aquilató siempre en pesos y reales. Y así no es de extrañarse, que cuando en España el empuje recio de las ideas modernas, obligó á Fernando VII á jurar la Constitución de 1812, el clero de la Colonia experimentase una trepidación formidable.

Al finalizar la segunda década del Siglo XIX, las ideas rejuvenecedoras de la Revolución Francesa hallaban en la madre patria intérpretes valerosos, cuyos escritos, esperados y devorados con impaciencia y ansiedad por los vasallos del Virreinato, iban dirigidos especialmente contra la corrupción, inmoralidad, turbulencia y avaricia insaciable de los Obispos y corporaciones religiosas, é incitaban á reivindicar de éstos los bienes que, en nombre de las deidades celestes, habían arrancado con maña de las manos de los hombres.

Extraordinariamente rico el clero de la Nueva España, temió, como era natural, que tales ideas se difundieran en ésta. Y sus temores llegaron al punto en que todo sentimiento noble y aspiración generosa vacilan, cuando aceptada por el Virrey la Constitución promulgada por las Cortes Españolas, prodújose en la Colonia una efervescencia política tan inesperada cuanto formidable.

Ocioso, inútil es el afanoso intento de los tiranos, (ó de sus instrumentos), cuando asfixiar pretenden las ideas vitalizadoras que tienden al ennoblecimiento y progreso intelectual y moral de los pueblos, creándolas una atmósfera de terror en que se mortifican y oprimen. Como el "rotario" de los microbiologistas, tales ideas tienen la facultad de "perecer en apariencia", á trueque de volver á la vida llenas de vigor, si un rayo de luz y un medio propicio les proporcionan oportunidad para ello.

Mentira parecía, que la que hasta pocos años atrás, palenque fuera tan sólo de justas literarias, en que apenas si se tocaban otros tópicos que el socorrido de la beatitud y liberalidad sin límites de los monarcas españoles, casi de improviso hubiérase tornado en arena política, donde el libre pensamiento cobró grandes vuelos y las ideas nuevas, esperezadas y lanzándose sin miedo á la lucha, hubiesen

desplegado vitalidad tan asombrosa, como mayor no la vió nunca la República, si no fué en los tiempos de Juárez y de Lerdo; y como, á buen seguro, no la verá la generación presente, sino mediante un derrumbamiento muy próximo á la total ruina de la patria.....

Decíamos que al iniciarse en la Nueva España el combate entre los principios demoledores de los Enciclopedistas y los que de urdimbre sirvieran para formar la red en que se hallaban aprisionadas las conciencias timoratas de los moradores de ultramar, el clero, ese ingenioso artífice de maravilla tal de sagacidad y paciencia, comprendió que las mallas se deshacían, que era preciso contraer la red y disminuir el radio de la pesca. Pensó entonces, que muy bien podía independerse de la tutela real y de la madre España, á trueque de salvar sus tesoros, y entenderse directamente con los pontífices de Roma. Y así lo hizo. El *Plan de Iguala*, encaminado á protejer los bienes del clero segregando la Colonia de la madre patria, (lo cual constituía, respecto á ésta, un acto de monstruosa ingratitud), fué para los mitrados plan salvador, desde un punto de vista financiero. Y los "pastores de almas" no pudieron vacilar cuando se trató de poner á salvo los tesoros de sus arcas, —tan útiles para comprar "rebaños de guerreros" en las contiendas políticas. Y esta ambición bastarda, este móvil indigno y rastrero, vino á servir ¡increible parece! tras de diez años de batallar rudo y sangriento, para dar remate y glorioso finiquito á la obra redentora, casi divina, de los que en 1810,—en el nombre sagrado de la Independencia, —se lanzaron con fe de apóstoles, nó á la victoria, sino á ungir su causa vilipendiada por los opresores, con la sangre purificadora del martirio.

La Independencia, pues, nos dejó una lucha. Quedaban en la arena, tras el triunfo, dos combatientes irreconciliables. Uno, todo ambición, mercantilismo, profundo sentido práctico, adiestrado en el arte de la opresión y el disimulo; el otro, todo ideas, indigestas enseñanzas, sin norte cierto, con desconocimiento supino de los elementos humanos á su disposición, ahito de ensueños, soberbio en la confianza

suprema que depositaba en su causa. El primero traía en la tradición de siglos, el arte que la misma Penélope no poseyó: tejer en las tinieblas; el segundo, da los primeros pasos en campo abierto por la generosidad espléndida de Guerrero. El detalle, la solidez en la trama, la ventaja de la previsión y el cálculo, pertenecían á los primeros; el esfuerzo creador, el magnetismo de las ideas que hacen al hombre erguirse en toda su altura al medir la elevación de sus nobles ideales, y á más, el prestigio del triunfo y el vínculo con recientes heroísmos, impartía cierta superioridad aleatoria á los segundos. En cambio, contaba el sacerdote con un punto de apoyo sólido para levantar el país: la conciencia religiosa del pueblo fanático; mientras que los liberales tenían que apoyar sus picas en la delesnable arena de las ideas abstractas y de teorías incomprensibles para la mayoría de los beneficiados por ellas.

La Guerra de Independencia no había terminado, en realidad, con la entrada del Ejército Trigarante á Méjico. La nueva campaña (que á raíz de ésta ya se divisaba), sería mucho más cruel y reñida que la anterior. Soldados independientes lucharon, primero, contra soldados del Rey; armas contra armas, acero contra acero; las triquiñuelas eclesiásticas fueron entonces meros detalles; mas ahora, había que lidiar con un enemigo distinto; terrible en su poderoso aislamiento.

Sin afecto de patria, ciudadano de Roma, poseía ya casi las dos terceras partes del territorio en disputa; y los que habían llegado á ser ciudadanos de la República, eran al propio tiempo vasallos de su Pontífice. Sin familia ni hogar, sus tentáculos penetraban en todos los hogares; y en cada altar, en cada estampa, en cada cruz, y hasta en el escapulario oculto en el seno de la vírgen, poseían otros tantos cómplices y tácitos propagandistas de su causa. La hija, la madre, la esposa, fueron siempre materia dúctil para la artimaña del fraile. Sin afecto alguno mundanal, la actividad fecunda y poderosa de su cerebro se ejercitaba en acaparar bienes mundanales, exigiendo el despojo de éstos á cerebros reblandecidos, en vísperas del aniquilamiento,

en nombre del amor divino, ultra-terrestre, del Diós misericordioso que crió los cielos.....y el infierno. Con fingida repugnancia á los asuntos políticos,—como de sí afirmaba el célebre Obispo Munguía,—la política sería su medio; pero nó la que compra votos en los comicios, sino la que compra conciencias en los hogares.

La guerra es el azote del cielo, con que castigaba el diós de Israel á los pueblos que le disputaban sumisión á su secta privilegiada; por consiguiente, el sacerdote no podía poner en duda su procedencia divina, y mucho menos su eficacia en determinados casos. Si las enseñanzas posteriores de Jesucristo, San Clemente y Tertuliano, la estigmatizaron, Papas guerreros como Juan VIII y Urbano II reivindicaron sus fueros y nuevamante la dieron plaza en el catálogo de las buenas obras.

Los liberales de entonces, al divorciarse de la política clerical, *permaneciendo catolicos*, daban, por ventaja, el brazo del corazón al enemigo. Aquella lucha, solapada al principio, durante el periodo indefinido de segregación espiritual (en que las conciencias se hallaban sujetas á continuos vaivenes), iría enardeciéndose más y más al paso de los años. No cabía reconciliación posible entre los bandos contendientes. La intentarían, si, grandes hombres, dotados de espíritus de gran temple; pero al fin rodarían por la arena, impotentes, exasperados, cercanos al punto en que la descepción nos orilla al odio de nosotros mismos y al suicidio moral. Y asomarían épocas terribles, crisis espantosas, y ya sería tarde para gritar á los locos que ensangrentados se magullaban en el Circo, sin atender á la fiera que se acercaba: "*cave gladiator*" como en la Roma de los Césares.....

CAPITULO II.

Patriotismo de Iturbide.—El Plan de Iguala.—El Clero y la Independencia.—Beneficio Impremeditado. Triunfo de los Principios Liberales.—Se Inician los Pronunciamientos.—Catolicismo y Nacionalidad.—El Enemigo Comun.—Decada Liberal. Guerras Extranjeras.—Actitud Vergonzosa.

Don Carlos María Bustamante decía en uno de los prólogos de su CUADRO HISTORICO, que leyendo Iturbide la HISTORIA DE LA REVOLUCION DE ANAHUAC, escrita por el P. Mier, y viendo en ella el desairado papel que representaba en la grandiosa lucha de su patria por obtener la Independencia, se arrepintió, y resolvió coadyuvar al final triunfo de tan noble causa.

Esto no es cierto. Iturbide se dejó comprar por el clero, que, como dejamos dicho, temió las consecuencias de la restitución á España, en 1820, de la Constitución liberal promulgada por las Cortes de 1812. Los frailes conocían el punto vulnerable en la fortaleza del guerrillero azote del Bajío, así es que se dirigieron á él con un plan ya madurado y seguros del éxito. La vanidad del militar, acosquillada por los tintes de magnanimidad heroica de la empresa, fué el resorte para orillarle á traicionar su causa. Y de esta suerte burlaría la confianza en él depositada sin tino, por el último de los Virreyes de la Nueva España.

El Plan de Iguala, por el que tratábase de establecer en aquélla una monarquía católica regida por un príncipe español, fué el resultado inmediato del complot frailesco; y merced al noble desprendimiento y magnanimidad del Jefe Suriano, la independencia de la colonia fué un hecho.

Por consiguiente, nuestra independencia fué un triunfo indisputable del clero; pero un triunfo sin gloria. Fué una consecuencia favorable, inesperada, desprendida de premisas falsas. Un día, en 1852, dos mineros reñían en un rincón del entonces desierto "Far West." En la exaltación del combate, uno de ellos cogió un pedrusco y lo arrojó con fuerza hercúlea á su adversario. Hirió á éste el proyectil, rosándole el cráneo, y fué á hacerse pedazos contra la roca basáltica de la montaña. Huyó el presunto homicida, y en cuanto el lesionado recuperó el uso de los sentidos, volvió maquinalmente la vista hacia el pedrusco que le había herido. Lo cogió, lo examinó un instante, y ¡halló que en el cuarzo se ocultaba una enorme pepita de oro! Tal fué el origen de una gran fortuna de California. Pero, la comparación no es de todo punto exacta. El heridor huyó, convirtiéndose en benefactor casual en un momento de ira; la fortuna fué debida al instante de un crimen pasional é impremeditado, que no llegó a consumarse; pero, el ya "Partido Consrvador," permaneció en el campo, y nó para convertirse en observador pacífico del que resultó acto benéfico, (sin pretenderlo), sino para seguir arrojando, con inquina inaudita, sus proyectiles de odio y de venganza bárbara, sobre los que declaró adversarios; de modo semejante al con que el Cíclope Polifemo los dirigía á los prisioneros fugitivos de su Isla.—Y así lo hizo, hasta que en Calpulálpam, cuarenta años después, dejó enterrada su bandera negra en lodo amasado con sangre fratricida, para lanzarse á mayores alturas en el vuelo del crimen.

Cáe Iturbide, y dos años depués la Constitución de 1824 viene á ser un verdadero triunfo para los liberales. Era la importación á Anahuac de una forma de gobierno que se habían dado,—conforme á las más avanzadas teorías revolucionarias,—los Estados Confederados del Norte, y la sanción á ella de los constituyentes, entrañaba un desconocimiento inconcebible del medio explotable para obtener un fin;—fin que se había determinado, allende el Bravo, con factores muy diversos. Pero el hecho mismo de haber resultado triunfante la Constitución de los Estados Unidos, significaba nó solamente un triunfo positivo de las ideas liberales, sino, además, un reto formidable al clero reaccionario,—á ese parásito rebelde, que, en la agrietada roca del pasado, ahora como entonces, desafía el viento de los siglos y las arrasantes mareas de la moderna civilización.

No era de pensarse que el reaccionarismo dejara de recoger el guante. Y lo recogió, en efecto, casi despreciando á su adversario,—como que de antemano se hallaba casi seguro del triunfo. Tampoco entraría á la lucha civil, (como años después trató de conjurar la invasión americana) esgrimiendo salterios y combatiendo con misas, rogativas, dobles y procesiones al enemigo común; ni siquiera imitaría á aquellos guerreros orientales, que presentaron batalla con grande algarabía, sonando bombos, lanzando cohetes y haciendo un ruido infernal, pretendiendo con ello espantar al adversario; ó á las potencias infernales. Todo eso era demasiado evangélico para los ingeniosos inventores de las torturas inquisitoriales.

Contaba entonces el clero, como hemos dicho, con las dos terceras partes de la propiedad nacional, ora por posesión directa, ó por medio de hipotecas; así es que sus medios de acción eran punto menos que ilimitados. Añádase á esto su poderosa influencia espiritual, aún en los ánimos de la mayor parte de los liberales, (los cuales, aunque de ideas avanzadas en política, eran en su mayor parte conservadores en creencias religiosas), y se comprenderá que razón tenían para contar ciegamente en el desenlace final de la pugna, la cual, cada día más y más se exacerbaba.

Creía Plutarco que era más fácil edificar y sostener una ciudad en los aires, que un pueblo sin instituciones religiosas; pero era que los dioses de la antigüedad, jamás enseñaron en sus cánones el desprecio de las cosas terrenales,—dejando al mismo tiempo el casi exclusivo provecho

de éstas á sus delegados espirituales. Tampoco les enseñaron á divorciarse del hogar, de la familia y de la patria. Eran demasiado *hombres* los dioses de Plutarco, para predicar absurdos tan abominables. Los dioses de Egipto, Persia y la India, una vez naturalizados en Grecia, amaron sus mujeres y las dieron héroes y semidioses. El diós de Roma, se elevó de la pira mortuoria del Quirinal, divinizándose así al fundador de la ciudad. Razón tenía, pues, el filósofo de Beocia: no puede haber pueblos, ni naciones, donde hacen falta dioses como los de Grecia y Roma.—Jesucristo fué un filósofo divino. Un día se expresó así: "dad al César lo que es del César," lo cual constituye una máxima admirable de buen gobierno y radicalmente positiva; pero, en ninguna ocasión dijo: "ama á tu patria como á tí mismo, más que á tí mismo."—Quizás porque, como siglos después el ex-teólogo de San Sulpicio, creyó que el patriotismo era "una forma egoista de amor á la humanidad." No mucho más tarde, el "Vidente de Judea," debería exclamar con desencanto: "mi reino no es de este mundo!" herido por la nostalgia del bien, decepcionado ante la maldad que se yergue siempre dominadora, presidiendo la marcha de los hombres por el mundo, en su procesión atropellada ó desfalleciente á través de los siglos.

Ya á raíz de la emancipación, los pronunciamientos se sucedían á los pronunciamientos, unas conspiraciones á otras, crímenes sobre crímenes. Se luchaba en campo abierto, en la encrucijada, en la ciudad, en la prensa, en el gobierno; la disolución era radical, *organica*, pudiera decirse. En lucha abierta pasiones é ideas, con elementos étnicos heterogéneos—indios, criollos y europeos,—sin hallar todavía punto de apoyo el sentimiento de nacionalidad (bajo un aspecto universal y definido), perdíase con frecuencia la causa en un nombre, la intención política en la fortuna de un caudillo, la idea trascendental en el afecto irreflexivo; y, en conflicto tan grave, solamente podía divisarse un lazo de unión, un sello de nacionalidad, si puede decirse, entre aquel tumulto de pasiones, ideas, aspiraciones encontradas, propósitos irreconciliables, esfuerzos en opuestos sentidos:

¡La religion Catolica!—La religión católica, que era la misma profesada por todos los mejicanos, y que *pudo* entonces haber sido un "lazo de amor" que les uniera en parentesco espiritual,.....si el fraile no la hubiera esgrimido como bandería política, como instrumento de matanza, y en su nombre no hubiera alimentado odios, levantado cadalsos y sembrado de horrores el territorio nacional.

Sin embargo, no precisa sagacidad extraordinaria para descubrir, que también en esta ocasión, como en el último capítulo de la guerra de Independencia, prestaría el clero á la buena causa un servicio tan valioso cuanto involuntario. Poco á poco, casi insensiblemente, un sentimiento nuevo fué infiltrándose, "haciendo camino," en la conciencia de la mayoría de los mejicanos. La "intuición nacional" empezaba á descubrir al *enemigo comun*. Y un anhelo de solidaridad, de unificación en el peligro, fosforecía á intervalos aún en los espíritus entenebrecidos por el fanatismo. Y principiaba á presentirse el bien comun, que es el sentimiento de patria en su realización más pura y altruista. Y de esta suerte fueron haciéndose posibles los tiempos, que, con Juarez y Ocampo, traerían la Reforma política y la unión nacional.

Tras de diez años de incubación liberal, triunfan al fin las doctrinas reaccionarias con Don Antonio López de Santa Anna; y el ex-caudillo liberal, rompe la Constitución de 1824 y echa los fundamentos de la Dictadura y el Militarismo.

En Octubre 23 de 1836 se publican las bases para una nueva Carta Constitucional, la cual es promulgada en 29 de Diciembre del mismo año. Algo de liberal quedaba todavía en las "Leyes Constitucionales," así es que no tardaron éstas en aparecer deficientes á los reaccionarios y en 12 de Junio de 1843 se promulgaron las "Bases orgánicas," que se conceptuaron fundamento firme y estable para la Religión y la Dictadura.

Durante la década liberal, Méjico tuvo que repeler una intervención extranjera, (1828), es á saber, la Guerra Española de Reconquista, intentada por el brigadier don

Isidro Barradas; y en 1838, durante el gobierno conservador, el príncipe de Joinville, en son de guerra, visitó las costas mejicanas del Golfo.—Fueron luchas sin gloria, y sin que en ellas se hiciera extraordinario gasto de dignidad. La nobleza y heroísmo del militar mejicano, se desplegaron en meros detalles, casi singulares, sin que el gobierno hubiera sabido darse cuenta de sus responsabilidades ante la Nación, ni la Nación se hiciera cargo del contingente que reclamaban el honor y el patriotismo. Las ambiciones políticas asfixiaban en los espíritus las aspiraciones más levantadas y los serios reclamos de los deberes más rudimentarios, por una causa de desvío semejante á la que movía al cobarde Honorio á discutir con interés los méritos de una salza recientemente inventada por su cocinero, cuando los godos de Alarico ya batían las teas incendiarias sobre los carcomidos muros de la ciudad de Rómulo. Un estado patológico de las conciencias, en uno y otro caso, les impedía justipreciar el peligro. Los romanos del siglo IV, iban ya perdiendo el sentimiento regional, asfixiado por la opresión y el fanatismo; y los mejicanos de la primera parte del siglo XIX, sin haber todavía sacudido el fanatismo y la opresión, apenas si daban albergue, en el fondo de sus corazones, á una esperanza deslumbradora y magnífica: la de que, en años por venir, llegara el día en que todos pudieran unirse en un sentimiento de solidaridad hermanados en un amor filial, respecto á la patria, semejante en todo al que santifica y proteje los hogares.—Y mientras esto no se lograra, la Traición, con el rostro iracundo de Górgona, asomaría terrible y amenazante en el fondo sombrío de todas nuestras luchas contra el Extranjero.

No, no había bastado la Independencia, ni el derrumbamiento del frágil Imperio de Iturbide, ni la Constitución Federal de 1824, ni las prédicas elocuentes de los Fernández Lizardi, Tereza de Mier, Juan Bautista Morales, Gómez Farías, Bustamente y Ramos Arispe, ni siquiera los esfuerzos en sentido opuesto dirigidos por el clero,—en el campo de batalla, en la prensa, el púlpito y el confesionario,—para hacer de la Nueva España la nación libre, independiente y unida, que debería ser asilo, orgullo y honra de sus moradores. ¡Ah, no es bastante para constituir una nacionalidad, agrupar miles y miles de individuos y amontonar leyes sobre ellos. Todo esfuerzo humano, en este sentido, se pierde, mientras ne se consiga unificarlos, coherirlos por afectos é intereses generales y recíprocos, confluentes en un punto cardinal: el reconocimiento del deber hacia la patria común, el cual nace del "concepto de ciudadanía." Y éste sólo se uniforma en países libres. Las tiranías producen esclavos; pero nó ciudadanos; soldados, pero nó patriotas; guerreros, como Druso y Germánico; pero no héroes como los Escipiones, los Marios, los Césares y Pompeyos. Por último, bajo la férula de las aristocracias, las naciones se tornan en rebaños; y en el pantano de las conciencias corrompidas por el servilismo y el estancamiento de las ambiciones nobles, se descoloran y mueren ¡flores bellísimas! "el amor á la libertad," que es la atmósfera vigorizante de los pueblos, el "amor á las instituciones," que es el secreto de vitalidad de los imperios. ¡Ay de los pueblos donde esas flores del cielo se hunden en el lodo y perecen! Así pereció Troya por la prostitución, Cartago por el mercantilismo, Tebas por la corrupción hierática, Grecia por las ambiciones egoistas y el desmembramiento de su territorio. Y la Roma de los Fabios, Camilos, Catones y Fabricios, sirvió de alfombra á las sandalias del bárbaro,—y concubinas fueron de éste sus mujeres y esclavos sus señores, y de pesebres sirvieron sus altares, y de cuarteles sus templos, cuando la Señora del mundo, tras una orgía de cuatro siglos y cubriéndose con una veste de oro y púrpura, se adormeció sonriente ¡para nunca más despertar! en triclinio de oro y marfil, recamado de vistosa pedrería: ébria de ensueños lúbricos, ahita de placeres criminales.....